



## Una mirada a la política exterior estadounidense hacia América Latina y el Caribe desde la asunción de Obama. ¿Continuidad sin cambios?

Daniele Benzi

### Índice

1. Una crisis de hegemonía; 2. De Bush a Obama a diez años del 11-S: ¿the times they are a-changin'?; 3. Estados Unidos-América Latina: entre la injerencia y la indiferencia; 4. ¿Del «neopanamericanismo» al «regionalismo posneoliberal»?; 5. Obama y su fugaz luna de miel con Latinoamérica; 6. Conclusiones

### Palabras clave

Estados Unidos, América Latina, Bush, Obama

## 1. Una crisis de hegemonía

«**T**he decline has economic roots of course. But the loss of a quasi-monopoly of geopolitical power, which the United States once exercised, has major political consequences everywhere. [...] We have moved into an era of acute, constant, and rapid fluctuations - in exchange rates of currency, in rates of employment, in geopolitical alliances, in ideological definitions of the situation. The extent and rapidity of these fluctuations leads to an impossibility of short-run predictions» (Wallerstein, 2011).

Desde hace décadas, los teóricos y analistas del sistema-mundo capitalista coinciden en interpretar la realidad contemporánea como atravesada por una profunda *crisis sistémica*: económica, política y cultural/civilizatoria a la vez, iniciada a finales de los años Sesenta, cuyo incierto desenlace no impide constatar como rasgos esenciales una paulatina pérdida de poder y legitimidad del liderazgo estadounidense así como, hasta la fecha, la absoluta incapacidad del capitalismo como sistema mundial para dar respuestas a los acuciantes y cada día más amenazantes problemas que enfrenta la humanidad<sup>1</sup>.

El historiador británico Eric Hobsbawm (2010) ha sintetizado en cinco puntos las diferentes tendencias que sustentan la hipótesis de una transición histórica de gran envergadura, tanto geopolítica como de las bases sobre las cuales se realiza la acumulación a escala mundial: 1. La crisis general del capitalismo internacional; 2. El paulatino desplazamiento del baricentro de la economía mundial del eje del Atlántico

---

<sup>1</sup> Este artículo surge de la reelaboración de una ponencia presentada en el XXV congreso de la Asociación mexicana de estudios internacionales (Amei), realizado en Playa del Carmen del 13 al 15 de octubre de 2011.



del Norte al Sur-Sureste asiático; 3. El clamoroso fracaso del intento estadounidense de mantener en solitario la hegemonía mundial después de 2001; 4. La aparición como entidad política de un nuevo bloque de Países en desarrollo, los Brics (Brasil, Rusia, India, China y ahora Sudáfrica); 5. La erosión y el debilitamiento sistemático de la autoridad de los Estados: de los Estados nacionales dentro de sus fronteras y, en muchas áreas del planeta, de cualquier clase de autoridad estatal efectiva<sup>2</sup>.

Por otra parte, se multiplican por doquier las señales que, en la perspectiva histórico-comparativa de Arrighi y Silver (2001: 276), serían síntomas inequívocos de la crisis de un orden hegemónico, tales como la intensificación de las rivalidades interestatales, una mayor competencia entre las empresas, la agudización de los conflictos sociales y, *last but not least*, una expansión financiera a escala sistémica probablemente sin precedentes y al borde del colapso.

A estos elementos, por último, es preciso añadir el tema ambiental, que confiere a la actual crisis una dimensión inédita o, por lo menos, de proporciones antes desconocidas. Sea cual fuere la postura adoptada al respecto, existiendo en efecto una amplia gama de posiciones que se mueven desde el catastrofismo más oscuro hasta un cándido (cuanto sospechoso) negacionismo, lo cierto es que «La disputa global por los recursos naturales es uno de los elementos más marcantes de la dinámica del capitalismo contemporáneo y de su lógica de acumulación» (Bruckmann, 2011: 1). La ya prolongada explotación y mercantilización del medio ambiente, aunada a la progresiva escasez de materias primas esenciales al desarrollo capitalista y patrón civilizatorio dominantes, empujan a una renovada carrera de acaparamiento de tierras y recursos estratégicos no renovables a escala mundial. Se divisa también, entonces, una reorganización geopolítica del territorio planetario sobre las bases de la «seguridad ambiental» y del acceso a estos recursos, estancando la cooperación interestatal en materia, y provocando conflictos y costos humanos y ambientales crecientes<sup>3</sup>.

«Lo único cierto – en palabras de David Harvey (2004: 124) – es que estamos en el medio de una transición fundamental del funcionamiento del sistema global y que hay una variedad de fuerzas en movimiento que podrían fácilmente inclinar la balanza en una u otra dirección». Y agrega:

---

<sup>2</sup> No obstante, frente al indiscutible debilitamiento – fomentado activamente por las «gemelas» de Bretton Woods durante la belle époque del neoliberalismo, financiado y sustentado militarmente hasta el día de hoy por el «imperialismo humanitario», la «guerra al terror», etc., mientras, en los países centrales, manifiesto en la sumisión de sus gobiernos convertidos en rehenes de los «mercados financieros» – al menos en algunos casos clave estamos asistiendo a un consistente intento de recuperación de dicha autoridad por parte de los Estados-nación. Por extraño que pudiera aparecer, tanto algunos de los procesos de integración regional actualmente en curso, como la nueva cooperación Sur-Sur, están jugando un papel importante en esta dirección.

<sup>3</sup> Como ha subrayado Manuel Monereo (2011: 9), a estas alturas «se debe pensar la seguridad desde una visión global donde lo militar, los recursos del planeta y el llamado cambio climático se entrecruzan y definen una nueva visión de la estrategia y de la geopolítica». O dicho de otra forma: «La disputa global por los recursos minerales, energéticos, gestión de la biodiversidad, del agua y de los ecosistemas de cara a las nuevas ciencias, se desdobra en múltiples dimensiones políticas, económicas y militares» (Bruckmann, 2011: 3).



«También sabemos que la trayectoria económica de Asia es clave, y que Eua todavía tiene dominio militar. Como lo señala Arrighi, esta es una configuración única. [...] Eua, cuya hegemonía durante el período inmediatamente posterior a la posguerra se basaba en la producción, finanzas y poder militar, perdió su superioridad productiva luego de los Setenta y bien puede estar perdiendo su dominio financiero, quedándose únicamente con el poderío militar» (Ibidem).

No obstante, a raíz de las cruzadas emprendidas por la administración Bush, junto al paulatino e incontenible derrumbe de los castillos financieros construidos para contrarrestar el declive de la economía «real» estadounidense, el proyecto reaccionario para un «Nuevo siglo americano» parecería ya cosa del pasado (Benzi, 2011<sup>b</sup>: 19). Tal como ha planteado recientemente Immanuel Wallerstein (2010: 40-41), la proclama de G.W. Bush acerca de una supuesta «misión cumplida» se ha vuelto, en un breve lapso de cinco años, en un «chiste rancio». Lo cual quiere decir, descartando *a priori* la hipótesis de un hundimiento y mucho menos de un repentino colapso de la decadencia norteamericana, que un País que gasta casi el 50% del presupuesto militar mundial y que tiene entre 700 y mil bases militares ubicadas estratégicamente en 130 Países alrededor del mundo, «intentará siempre hacer prevalecer política y militarmente lo que ya no puede económicamente» (Monereo, 2011: 12).

Junto a las consideraciones geopolíticas, de seguridad y humanitarias para explicar el militarismo estadounidense, en los últimos tiempos otra línea de reflexión se va abriendo nuevamente camino. Como bien lo ilustra Oscar Ugarteche (2011: 2), «la activación del gasto militar de Estados Unidos no se refleja en el crecimiento del Pib sino al revés, parece haber hundido más la economía». Dicho en otras palabras, el «keynesianismo militar» ya no estaría funcionando. Si el enorme gasto militar no sirve para arrastrar al conjunto de la economía, y las guerras – convencionales o «civiles» – por diferentes razones están experimentando un acelerado proceso de privatización, «todo apunta a que es un negocio [...] como cualquier otro», que, sin embargo, «No resuelve la crisis de hegemonía ni la crisis general, sino que alienta las ganancias de las empresas directamente vinculadas» (Ibidem).

La tradicional función del complejo militar-industrial norteamericano de actuar como el garante de última instancia sobre el buen funcionamiento del capitalismo a nivel mundial, ofreciendo y/o vendiendo «protección» a sus asociados, está siendo cuestionada, de manera aún endeble pero clara, en razón de su dudosa eficacia y altísimos costos. Así, Claudio Katz (2011<sup>a</sup>) ha sostenido muy acertadamente que

a diferencia de la posguerra, el complejo industrial-militar ya no cubre sus gastos mediante la recolección de impuestos internos. Como el resto de la actividad estatal, depende de la continuada absorción de los capitales externos, que solventan un déficit fiscal monumental. [...] Estados Unidos mantiene [todavía] un lugar preeminente en la economía mundial. [...] Pero a diferencia del pasado es también el principal deudor mundial y utiliza su abrumadora superioridad bélica para transferir desequilibrios a otros Países. [...] Solo el lugar imperial que mantiene Estados Unidos explica la inusitada absorción de capitales por parte de una economía con altísimo déficit comercial, desequilibrio fiscal, importaciones masivas y alto consumo. Ningún otro País podría sostener esta explosiva mixtura de desajustes.



En fin, expresiones tales como «caos sistémico» o «desorden geopolítico masivo», utilizadas respectivamente por Arrighi y Wallerstein, reflejan bien la incertidumbre actual. En un excelente artículo – *The Libyan War, American Power and the Decline of Petrodollar System* – el ex diplomático canadiense y profesor Peter Dale Scott (2011), nos recuerda que «tal caos hubiese sido impensable durante el auge del dominio de los Eeuu. [...] Las precedentes transiciones por el dominio global han sido marcadas por guerras, revoluciones o por ambas al mismo tiempo. Tras dos guerras mundiales, el pasaje de la hegemonía británica a la estadounidense fue entre dos potencias que eran esencialmente aliadas y culturalmente cercanas». Y concluye: «El mundo entero tiene un enorme desafío en asegurar que la difícil transición a un orden hegemónico post-estadounidense sea lograda de la manera más pacífica posible» (la traducción del inglés es mía).

Si por un lado todo parece indicar que en el corto plazo seguirá este período de inestabilidad internacional, «causada por la combinación de los fenómenos geopolíticos y macroeconómicos», por el otro «no es posible saber cuánto tiempo durará esta crisis y cómo será el mundo que emergerá de ella» (Pomar, 2011: 50).

La abrumadora superioridad militar estadounidense coexiste hoy con un número importante de aguerridos competidores económicos (*the rise of the rest...*), mientras que el sueño de un «gobierno global» encarnado en la Omc y las Ifis y amparado por los cañones de la Otan, se va diluyendo en una creciente dispersión del poder político mundial<sup>4</sup>.

## 2. De Bush a Obama a diez años del 11-S: ¿the times they are a-changin'?

La elección de Barack Obama despertó grandes expectativas en todo el mundo. Ya en el momento de asumir la presidencia, sin embargo, el neo electo sabía que de inmediato se enfrentaría a un doble, descomunal desafío: sacar a su País de la peor crisis económica desde la Grande depresión (Fmi *dixit*) y, al mismo tiempo, revertir el enredado y decepcionante legado que, en política exterior, heredó de sus antecesores. Esto es – dejando aquí de lado el discurso sobre la *reaganomics* que indudablemente ha marcado un hito en la historia de este País – por una parte, la sobre exposición geopolítica y financiera gestada durante la administración de Bill Clinton (las «guerras-intervenciones humanitarias» y la extensión de la Otan en Europa central, en el Báltico y en Asia central; la euforia globalista y *the roaring '90s*); y, por otra, quizás de manera

---

<sup>4</sup> «Frente a este escenario – señala Katz (2011<sup>b</sup>) – el gigante del Norte recurre a una variable combinación de presiones, alianzas y amenazas». Como bien lo sintetiza Juan Gabriel Tokatlian (2010): «lo que los papeles de Wikileaks confirman es la persistencia de un conjunto básico de objetivos compartido por republicanos y demócratas: frenar a China, disuadir a Rusia, cooptar a India, controlar a Europa, asegurar el sistema de bases militares extendido desde el corazón de Asia central hasta al Cuerno de África, recelar de las Naciones unidas, mantener un esquema neo-protectoral de facto en Irak y Afganistán, defender a Israel, sostener a Arabia Saudita, poner en cuarentena a Pakistán, contener a Irán, vigilar a Turquía, aislar a Venezuela y otros potenciales regímenes calificados de 'canallas', y regular el ascenso de poderes emergentes (Brasil, Sudáfrica)».



mucho más pernicioso, el saldo político, económico y simbólico del arrogante unilateralismo belicista de Bush *junior* y su tropa *neoon*.

Así las cosas, muy probablemente «es con base en la demonización de Bush que se ha construido la imagen absolutamente positiva de Obama», nota Silvina María Romano (2010: 361). Y, en efecto, en una especie de voluntarismo esperanzador (*yes we can...*), «los mismos periodistas que remarcaban la agonía de Estados Unidos resaltaron los atributos del nuevo presidente para restaurar el sueño americano» (Katz, 2011<sup>d</sup>).

Obama tiene claro que los costos de seguir jugando al gendarme global, y con resultados cuando menos inciertos además, pueden ser demasiados elevados. Pregonaba una vuelta al multilateralismo hecho añicos por su predecesor y a la responsabilidad colectiva – política y económica – de sus socios para garantizar la «seguridad global». En este sentido, tras los rotundos fracasos iraquíes y afgano, Libia podría convertirse en laboratorio de esa nueva postura.

Sin embargo, la genuina intención de Obama sería revertir la parábola del declive, interna y externa, y en este último caso está consciente de que no se puede mantener el estatus de superpotencia hegemónica y al mismo tiempo desprenderse de los compromisos asumidos, sobre todo cuando, a diez años de lanzada una «guerra global contra el terror», la responsabilidad de los muchos desiertos que en balde algunos se esfuerzan de llamar «paz», recae integralmente sobre los artífices de la política exterior norteamericana.

Las promesas sobre Guantánamo y otros centros de detención ilegales, la censura militar y la tortura, así como el respeto de la legalidad internacional, se han quedado hasta ahora en el papel y en los discursos<sup>5</sup>. Asimismo, tampoco pudo prosperar la inicial y tímida apertura de Obama hacia la cuestión palestina, es decir, el regreso a las fronteras de 1967 como base para reanudar las negociaciones con Israel. Es más, a pesar de haber dado previamente marcha atrás en torno a este punto, el presidente de Estados Unidos se ha quedado impotente – muchos hablaron de pública humillación – frente al muy aplaudido discurso patriótico ofrecido por Netanyahu a los congresistas norteamericanos.

El anunciado retiro de tropas en Irak de momento ha ampliado el contingente en Afganistán al mismo tiempo que se ha abierto otro peligroso frente en Pakistán. Esta situación, han notado algunos analistas, ya guarda varias semejanzas con el desenvolvimiento de los acontecimientos del pasado en Indochina, con su espantoso saldo de víctimas civiles, desplazados y refugiados, pobreza y destrucciones.

Por si fuera poco, el inicio de la «primavera árabe», en enero de 2011, ha destapado otro cúmulo de problemas para las políticas de Obama en la región más caliente del planeta y vital para Washington en términos geoestratégicos, dejando al desnudo tanto la duplicidad del neo presidente (sobre Barhein, Yemen y Arabia Saudita por ejemplo) como

---

<sup>5</sup> La pública reivindicación por parte del premio Nobel de la paz de la ejecución extrajudicial de Osama Bin Laden en territorio pakistaní, cuyas modalidades fueron por lo demás extrañas, no merece mayor comentario en relación al tema de la legalidad internacional, pues no existe la menor duda que «la operación fue un asesinato planificado que violó múltiples normas elementales de derecho internacional, empezando por la invasión misma» (Chomsky, 2011).



la irrelevancia práctica de las brillantes palabras pronunciadas en El Cairo a la hora de asumir una postura coherente a favor de la democracia y de los derechos humanos.

Como ha bien explicado Juan Gabriel Tokatlian (2008), las continuidades en política exterior «la imponen un conjunto de fuerzas, factores y fenómenos internos y externos que limitan la capacidad de acción e innovación de una persona con poder, por más de que él o ella sea el Presidente de Estados Unidos» (cit. en Romano, 2010: 379). Sin embargo, y lamentablemente, tres años después el mismo autor afirmaría con razón que «por convicción o por conveniencia, por motivos electorales o por motivos estratégicos, para no aparecer débil políticamente o diplomáticamente, Obama se ha transformado, con tristeza y con exceso, en un guerrero más» (Tokatlian, 2011).

La conversión de un discurso prepotente en retórica calibrada, con la fuerte sospecha de que el objetivo sea simplemente restablecer y/o reforzar alianzas y obtener más recursos, no puede ocultar que hasta el día de hoy el premio Nobel de la paz ha seguido y hasta extendido el curso belicista de su antecesor (Katz, 2011<sup>b</sup>). Y esto, naturalmente, al margen del declarado retiro de las tropas de Irak para final de este año y de Afganistán para 2014. La solicitud al congreso de gasto militar anual más grande de la historia, 708 mil millones de dólares para 2011, de alguna manera lo comprueba<sup>6</sup>.

### 3. Estados Unidos-América Latina: entre la injerencia y la indiferencia

La historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina es una historia de desencuentros y frustraciones, profundamente marcada por una constante injerencia política, económica y militar del primero hacia la segunda. Tal como lo plantea Katz (2011<sup>c</sup>).

América Latina siempre ocupó un lugar especial en la estructura del imperialismo norteamericano. Fue el primer territorio de expansión yanqui y estuvo considerado por el establishment del norte como una posesión innegociable. La doctrina Monroe apuntó primero a limitar la presencia europea y buscó posteriormente asegurar la primacía estadounidense. La denominación «Patio Trasero» ilustra esta estrategia de sujeción<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Otro reconocido analista, Mike Davis (2011), ha señalado que Obama, «que fue elegido para que hiciera volver los soldados a casa, cerrara los gulags y restaurara la Declaración de derechos, en realidad se ha convertido en el principal albacea del legado de Bush: un converso vuelto a nacer de las operaciones especiales, ladrones asesinos, inmensos presupuestos de inteligencia, tecnología orwelliana de vigilancia, prisiones secretas, y el culto de superhéroe del ex general, ahora director de la Cia, David Petraeus».

<sup>7</sup> Así, por ejemplo, se expresaba ya en 1904 el genio de Joseph Conrad a través de uno de los personajes de su no muy famoso pero igualmente inolvidable *Nostramo*: «Podemos sentarnos y mirar. Por supuesto, alguna vez tenemos que intervenir. Estamos obligados. Pero no hay prisa. Hasta el tiempo ha tenido que sentarse a esperar en este País, el más grande de todos los del universo de Dios. Debemos responder por todo: por la industria, el comercio, la ley, el periodismo, el arte, la política y la religión, desde el Cabo de Hornos hasta Surith's Sound, y más allá, si algo que valga la pena aparece en el Polo Norte. Y después nos daremos el gusto de apoderarnos de las islas distantes y los continentes de la tierra. Dirigiremos los asuntos del mundo tanto si al mundo le gusta como si no. El mundo no puede hacer nada por evitarlo, y nosotros tampoco, supongo».



En la perspectiva de la política exterior norteamericana, la peculiaridad de esta relación obedece tanto a la propia historia nacional de los Estados Unidos, como a su progresivo ascenso a primera potencia mundial; pero, sobre todo quizás, a la manera en que en diferentes épocas se combinaron ambos factores.

La mixtura explosiva de la doctrina Monroe con la del destino manifiesto ha sido interpretada de diferentes formas a lo largo de los siglos XIX y XX, adecuándola a las cambiantes necesidades de política exterior y de «seguridad nacional» (concepto que de por sí ha variado notablemente) así como de aquellos intereses considerados «vitales».

El período inicial de establecimiento de dominios directos fue relativamente breve, en comparación a la norma de sometimiento económico que prevaleció desde la posguerra. Por esta razón, las exhibiciones de voluntad conquistadora siempre estuvieron sucedidas por engañosos reconocimientos de la soberanía ajena. La coerción militar mantuvo un equilibrio con las presiones políticas y los imperativos económicos (Katz, 2011<sup>a</sup>).

En términos globales, a diferencia del imperialismo «clásico» británico, «el gigante del Norte contó con un margen temporal suficiente para ampliar primero su frontera agrícola y desenvolver posteriormente un vasto mercado interno».

Siguiendo el mismo ritmo erigió una industria protegida y una banca poderosa. [...] Estados Unidos pudo expandirse [...] en un territorio maleable y diversificado. Desarrolló un modelo económico auto-céntrico (ligado al mercado interior) y no extrovertido (dependiente del mercado mundial). Luego del triunfo del Norte en la guerra civil apuntaló el proyecto proteccionista contra las tendencias librecambistas del Sur. De allí emergió una solidez industrial, que posteriormente reforzaron las grandes corporaciones, actuando en un mercado integrado con formas de organización vertical (Ibidem).

Por ello, a la vez que diversos estudiosos marxistas han destacado el carácter «no colonialista», «no territorial», «informal», etc. del imperialismo estadounidense – el cual «sustituyó el anexionismo por la presión militar y el sometimiento económico» (Ibidem) –, otros, de entrada, empleando a menudo un concepto de «hegemonía» depurado de las connotaciones de coerción, violencia y dominio que implicaría, niegan esa cualidad al expansionismo norteamericano, en tanto exitosa democracia capitalista, hemisférica y sucesivamente mundial.

Sea como fuere, en paralelo al ocaso de la hegemonía británica, el gigante en ciernes ha ido experimentando todo un sistema de protección de sus inversiones y propiedades y de ordenamiento y supervisión de las finanzas de sus vecinos; buscando crear, al mismo tiempo, una estructura comercial funcional al creciente desarrollo norteamericano que, para su desempeño en Países «atrasados» e «ingobernables», precisaba de hombres «fuertes» y adictos al poder estadounidense.

*Panamericanismo*, «big stick diplomacy» o «buena vecindad» y «diplomacia del dólar», han sido elementos recurrentes de la política exterior norteamericana hacia Latinoamérica, en un contexto internacional extremadamente variable y en el cual Estados Unidos ha asumido finalmente el papel de protagonista.

Aun cuando no sea homogénea e invariable y, sobre todo, no opere de manera automática o lineal, existe indudablemente una vinculación histórica y correlación



claramente observable entre las políticas de «seguridad nacional», la proyección militar y los intereses económicos de las grandes corporaciones estadounidenses hacia América Latina; así como existe una extensa red de relaciones y alianzas, públicas y ocultas, pacientemente tejidas con actores, elites y grupos locales, que abarca desde el plano político al militar, pasando, naturalmente, por los negocios y la cultura.

Durante la Guerra Fría, a modo de ejemplo, y específicamente en las décadas de los Sesenta y Setenta, un nutrido número de trabajos académicos críticos, de manera muy fructífera ha explorado, analizado e interpretado la naturaleza y el *modus operandi* de esta doble relación, tanto en los Estados Unidos como en América Latina<sup>8</sup>.

La capacidad norteamericana de presión directa en el área se ha debilitado bastante en años recientes. Como lo señala Serbin (2009: 146), «la focalización de los intereses geopolíticos estadounidenses en Oriente Medio y otras regiones del mundo a partir del 11 de septiembre de 2001 permitió [...] una mayor autonomía regional [...]». Maniobras unilaterales como las del pasado no deberían constituir jamás una opción viable en el nuevo contexto latinoamericano. En repetidas ocasiones, los nuevos líderes han mostrado en sus relaciones con el vecino del Norte una cohesión y solidaridad entre sí que hubiese sido impensable hace sólo pocos años (Benzi, 2011<sup>a</sup>: 20).

Desde que algunos analistas han sugerido que, en una óptica global, la postura estadounidense hacia «su patio trasero» ha sido constantemente tironeada entre la injerencia y la indiferencia, según la coyuntura y el momento histórico, cobra sentido la pregunta de qué tan importante es *ahora* el continente latinoamericano en la(s) estrategia(s) de Washington.

Autores que han pasado buena parte de su vida a estudiar (cuando no propiamente a desenmascarar) el significado y las consecuencias para la región de la clarísima sombra norteamericana, nos invitan a no desestimar «su propensión a utilizar a América Latina como reserva estratégica y plataforma de relanzamiento, después de sus descalabros militares en Euroasia» (Saxe-Fernández, 2009: 20). Otros, la mayoría quizás, aliviados o resentidos, sostienen en cambio que, *de momento*, el poderoso vecino no posee la capacidad o, mucho peor, el interés para atender los asuntos hemisféricos.

Asumiendo la perspectiva del binomio injerencia/indiferencia, es probable que ambas posiciones, expresando una variada mezcla de intereses ideológicos y políticos, económicos y comerciales, nacionales y locales, raciales y de clases, cada una a su manera sean correctas.

---

<sup>8</sup> Me refiero, evidentemente, a los estudios ya clásicos de Baran y Sweezy, Gunder Frank, Wright Mills, Miliband, Domhoff, Kolko y Chomsky entre otros, por un lado; y a la amplia gama de textos que de manera directa o indirecta gravitaron, según la sugerente expresión de Gilbert Rist, en la órbita de los debates abiertos por la «nebulosa» de la escuela de la dependencia, por el otro.





#### 4. ¿Del «neopanamericanismo» al «regionalismo posneoliberal»?

El destacado analista guatemalteco y experto en integración regional Alfredo Guerra Borges (2009: 9) ha puesto de relieve que «la conversión de Estados Unidos al regionalismo claramente persigue contrarrestar la amenaza de la competencia de los bloques regionales de Europa y Asia y, con mayor razón consolidar su hegemonía en su propio hemisferio, en el «Extremo Occidente», como alguna vez lo denominó sugestivamente Alain Rouquié».

Se trata de una estrategia que, como es bien sabido, se fue gestando por lo menos desde finales de los años Ochenta y que, progresivamente, en lo económico-comercial o, mejor dicho, en lo comercial y en «los temas relacionados con el comercio» – pues no es una diferencia menor – ha ido asumiendo la forma del Ftta o Alca, previa y paralelamente ensayada en México con el Nafta o Tlcan, presentado por la academia y la prensa *mainstream* como el primer experimento mundial de integración «profunda» Norte-Sur.

Parafraseando al economista cubano Osvaldo Martínez (2008: 211), por obvias razones enemigo acérrimo del Alca y activista militante contra él, este Tratado pretendía ser el broche para cerrar la cadena neoliberal que se había forjado en la región a lo largo de tres décadas, convirtiendo las políticas de «libre comercio» en compromiso jurídico de los Estados, haciendo prácticamente imposible, en consecuencia, o cuanto menos muy difícil, su abandono.

Alain Rouquié (1998), junto a muchos otros, ha hablado en este sentido de «neopanamericanismo», relacionándolo con su antecedente de finales del siglo XIX. Siendo la comparación muy sugerente, en gran medida aceptable y, también, inquietante en cierto sentido, hay un elemento que sin embargo no se puede pasar por alto: si a finales del '800 Estados Unidos era una potencia económicamente pujante y en ascenso, desde los años Setenta del siglo XX muestra, como se ha dicho, muchas señales de un declive hegemónico.

Por otra parte, a pesar de que la envoltura del Alca fuera esencialmente económico-comercial, como bien lo señalara Darío Salinas Figueredo (2010: 391), «el interés de Estados Unidos tenía como trasfondo otros temas más específicos de corte político, [...] tales como el tráfico de drogas, la migración de indocumentados, el pago de la deuda y la estabilidad política por la vía de apoyar o propiciar la instauración de democracias liberales [...]». Si a todo esto se le agrega «que uno de los elementos geoestratégicos fundamentales para su seguridad estriba en que los recursos naturales del hemisferio estén disponibles para garantizar la satisfacción de su demanda» (Ibidem: 397), y que por ello es necesario o preferible «el libre flujo del comercio e inversiones en las actividades económicas vinculadas a dichos recursos, el acceso a la exploración y a los yacimientos de crudo y minerales, así como la provisión del potencial de insumos presente en la biodiversidad», se puede concluir que «los acuerdos comerciales no deben leerse como si fueran un fin en sí mismo, sino constitutivas de una política más general» (Ibidem).

Finalmente, tampoco es un misterio que el paquete del Alca, después de que Ronald Reagan se encargara de «limpiar» el «lago marxista» centroamericano-caribeño y la



«lucha contra el narcotráfico» ya había empezado, venía acompañado con todo un despliegue militar en la región desde los Noventa o aun antes bajo otros nombres.

A partir del fracaso del Área de libre comercio como opción hemisférica, «enterrada» a finales de 2005 en la Cumbre de Mar del Plata por una peculiar articulación y momentánea convergencia entre gobiernos «progresistas», sectores empresariales del área Mercosur y movimientos sociales, para bien y para mal el panorama de la integración regional ha experimentado un acelerado proceso de cambios, en buena medida como consecuencia del giro político ocurrido en muchos Países.

No obstante, el «plan b» estadounidense, esto es, suscribir Tratados bilaterales con el mayor número posible de gobiernos dispuestos a aceptar las reglas de negociación y condiciones impuestas por Washington para acceder al mercado norteamericano, ha avanzado lo suficiente como para que los Tlcs hoy en día vigentes dibujen una línea prácticamente sin interrupciones desde Canadá hasta Chile, compitiendo con un relativamente nuevo eje sudamericano compuesto por la tríade Mercosur-Iirsa-Unasur liderado por Brasil. Ambos, de manera evidente, tienden a imponer su presencia en las rutas del Pacífico, buscando al mismo tiempo presidir o tener acceso a la zona económica y geoestratégicamente «vital» de la Cuenca amazónica. De ahí, por ejemplo, la geopolitización de las recientes elecciones presidenciales en Perú; o la propuesta del *Trans-pacific-partnership* (Tpp) cabalgada por Obama como el «nuevo modelo de acuerdo comercial para el siglo XXI».

Si bien Estados Unidos sigue siendo indudablemente el actor extraregional más relevante y de mayor peso todavía, como ha bien sintetizado el analista uruguayo Raúl Zibechi (2010), «enfrenta por lo menos cuatro problemas en la región para los cuales no tienen soluciones a corto plazo»:

1) el ascenso de Brasil al rango de potencia global, a caballo de la integración regional; 2) la creciente presencia de China, que teje acuerdos estratégicos con Países clave; 3) el fracaso de la guerra contra las drogas y la falta de alternativas; y 4) la debilidad de su economía que ya no es gancho para tejer alianzas.

En suma, concluye, «los pilares sobre los que había descansado la hegemonía en la región están seriamente afectados» (Ibidem).

## 5. Obama y su fugaz luna de miel con Latinoamérica

Se ha dicho que la elección de Barack Obama despertó grandes expectativas alrededor del mundo. Esa parte del hemisferio occidental que es la América Latina, por supuesto, no fue una excepción, sino todo lo contrario<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> A este propósito es interesante mencionar la reflexión planteada por Daniel Añorve (2011: 159) cuando afirma que «No deja de llamar la atención el que en América Latina tendamos a tomar por sentado y como si fueran objetivos políticos estadounidenses, lo que en realidad son metas o aspiraciones generadas en nuestra región. Por lo mismo, cuando vemos que las metas que adjudicamos a alguien más, son en realidad un reflejo del deseo propio y no la intención política del presidente estadounidense en



En términos generales, durante la anterior administración abundaron «los intentos prácticos y retóricos por socavar a regímenes nacionalistas que [...] distanciaron su diplomacia y política económica de los lineamientos de Eeuu [...]» (Saxe-Fernández, 2009: 20); se multiplicaron las apuestas por poner una «cuña» entre gobiernos de derecha e izquierda y para exasperar las diferencias innegables entre una izquierda supuestamente denominada «moderna y moderada» frente a otra «radical y populista» además de aliada con Cuba (Pomar, 2011: 52); se hizo evidente la participación directa y encubierta en campañas de desestabilización; y, por último, se manifestó una ostensible extensión de la presencia y de los operativos militares.

De ahí que Marco Antonio Gandásegui hijo (2008) haya podido sostener que un cambio (positivo) en las relaciones hemisféricas implicaría por lo menos tres pasos preliminares: 1. El fin del bloqueo a Cuba; 2. El respeto de las instituciones democráticas (en Venezuela, Bolivia y Ecuador); 3. La erradicación de la política militarista (Plan Colombia, Iniciativa Mérida, IV Flota). (cit. en Añorve, 2011: 162).

Es en torno a estos puntos que, sin ignorar otras cuestiones igualmente importantes, sería oportuno buscar los elementos de continuidad y/o de ruptura entre el gobierno de Bush y las acciones (u omisiones) del actual inquilino de la Casa Blanca.

En la V Cumbre de las Américas, celebrada en Puerto España (Trinidad y Tobago) en abril de 2009, Barack Obama quiso sentar las bases de una nueva política de «buena vecindad» bajo el eslogan «A new partnership for the Americas», «interpretado por muchos analistas como la reactivación del legado de Franklin Delano Roosevelt» (Añorve, 2011: 159). En esa ocasión, para el goce de los medios ahí presentes y el disgusto de los republicanos, Obama le estrechó la mano a Hugo Chávez recibiendo, además, una copia del *best-seller* de Eduardo Galeano – *Las venas abiertas de América Latina* – que el presidente venezolano le había traído. Asimismo, reiteró la posibilidad del retiro de los presos de Guantánamo y la eliminación de las restricciones sobre los viajes a Cuba y al envío de remesas para los cubano-americanos (mas sin cuestionar el embargo). Inclusive, a propósito de las relaciones entre Estados Unidos y sus vecinos latinoamericanos, Obama llegó a afirmar que «a veces buscamos dictar nuestras condiciones» ('at times we sought to dictate our terms') (Weisbrot, 2011). De pronta respuesta, Raúl Castro se declaró dispuesto a discutir con el mandatario norteamericano todos los temas conflictivos – derechos humanos, prisioneros políticos, libertad de prensa, etc. – poniendo la única condición de hacerlo en un diálogo entre pares y respetando la soberanía.

La postura estadounidense frente al golpe en Honduras de junio de 2009, pronto se encargaría de disipar toda ilusión de cambio, dejando en claro que «Eeuu tiene un interés nacional que trasciende las supuestas buenas intenciones del presidente Obama [...]» (Romero, 2010: 88). Esto, sin lugar a dudas, «afectó a aquellos que creyeron que se había abierto una nueva etapa, más gloriosa, en las relaciones entre Eeuu y América Latina» (Ibidem). En realidad – agrega el politólogo venezolano antichavista – «la

---

turno, tendemos a sentir una enorme decepción y nos apresuramos a gritar consignas acerca del imperialismo estadounidense».



crudeza del poder no necesitó de las lecciones de Maquiavelo para develarse en Honduras» (Ibidem). Y, en efecto, al margen del torpe y ridículo teatrillo diplomático que rodeó el caso y de sus consecuencias políticas, a diferencia de otros escenarios geopolíticos en ningún momento, durante más de cinco meses, el gobierno de Obama consideró la oportunidad de «proteger a los civiles» hondureños de la violación masiva y sistemática de los derechos humanos perpetrada por la junta golpista<sup>10</sup>.

La fugaz luna de miel entre el presidente norteamericano y Latinoamérica quedó definitivamente sepultada a las pocas semanas de la asonada hondureña, cuando se dio a conocer públicamente la firma de un nuevo acuerdo de cooperación militar entre Eua y Colombia, que permite al personal militar del primer País el acceso prácticamente sin restricciones a las instalaciones del segundo, y estableciendo, además, la construcción de nuevas bases. En este caso, la campana de alarma sonó perentoria también para los gobernantes de la «izquierda moderna», entre otros factores por los análisis desarrollados en diferentes documentos de organismos del Pentágono<sup>11</sup>.

En la declaración final de la cumbre convocada por la Unasur en Bariloche expresamente para tratar el asunto de las «7 bases en Colombia», los doce presidentes ahí reunidos (incluyendo al ex mandatario Uribe quien firmó el documento) advirtieron la necesidad de proclamar de manera firme:

el irrestricto respeto a la soberanía, integridad e inviolabilidad territorial de los Estados, la no injerencia en asuntos internos y la autodeterminación de los pueblos son esenciales para consolidar la integración regional; [...] comprometiéndonos a establecer un mecanismo de confianza mutua en materia de defensa y seguridad, sosteniendo nuestra decisión de abstenernos de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial de otro Estado de la Unasur; [...] *que la presencia de fuerzas militares extranjeras no puede, con sus medios y recursos vinculados a objetivos propios, amenazar la soberanía e*

<sup>10</sup> Como ha señalado José Antonio Sanahuja (2010: 126), el *affaire* de Honduras «significó [...] la primera prueba para el gobierno de Barack Obama: por un lado, se vio forzado a implicarse en una crisis que se percibió como una molesta distracción respecto a otras agendas más perentorias, dentro y fuera de Eeuu. Y, por otro, tuvo que maniobrar entre la rigidez de la oligarquía local y las expectativas, quizás tan elevadas como ilusorias, generadas tras su asunción como presidente de Eeuu». Véanse también los demás artículos en el n. 226 de *Nueva Sociedad*.

<sup>11</sup> En relación con las instalaciones de Palanquero (Colombia) como futuro Centro de seguridad cooperativa (Cooperative security location), se puede leer por ejemplo que: «Recently Ussouthcom has become interested in establishing a location on the South American continent that could be used both for counter-narcotics operations and as a location from which mobility operations could be executed [...] Until such time that Ussouthcom establishes a more robust theater engagement plan, the strategy to place a Csl [Cooperative security location] at Palanquero should be sufficient for air mobility reach on the South American continent» (*U.S. Air Force's Air Mobility Command White Paper on Global En Route Strategy*, 2009, cit. en Weisbrot, 2011: 3). O de manera aun más llamativa: «Development of this Csl provides a unique opportunity for full spectrum operations in a critical sub-region of our hemisphere where security is under constant threat from narcotics funded terrorist insurgencies, anti-US governments, endemic poverty and recurring natural disasters [...] its isolation maximizes Operational Security (Opsec) and Force Protection and minimizes the U.S. military profile» (Department of the air force, *Military Construction Program. Fiscal year (FY) 2010. Budget Estimates*. US, mayo de 2009, p. 217, cit. en Delgado Ramos, 2010: 11).



*integridad de cualquier nación suramericana* y en consecuencia la paz y seguridad en la región. (la cursiva es mía)<sup>12</sup>.

Caben pocas dudas de que la normalización de las relaciones entre Colombia (ahora bajo Santos) y Ecuador tras lo ocurrido en Sucumbíos en 2008<sup>13</sup>, así como el reciente acercamiento de Brasil y Venezuela (en el caso de Venezuela tras reiteradas fricciones que llegaron en diversos momentos a la ruptura de las relaciones diplomáticas y bloque del comercio) no responden únicamente a intereses económicos. Mientras la política exterior del nuevo presidente colombiano pareciera más abierta o, mejor dicho, menos hostil y sabotadora hacia las opciones de integración y cooperación sudamericanas, la corte constitucional de este País estableció en todo caso que el acuerdo militar con Estados Unidos, para ser válido, precisa de ratificación parlamentaria.

Las relaciones entre Estados Unidos y los tres Países definidos por G.W. Bush como el «eje del mal» – Venezuela, Cuba y Bolivia – aún no se han normalizado, al mismo tiempo que en diferentes ocasiones se tensaron las con Ecuador. Repasemos brevemente algunas cuestiones y acontecimientos esenciales al respecto.

La política exterior inaugurada por el presidente Chávez es latinoamericanista en un ámbito hemisférico y corresponde a un sistema multipolar en términos internacionales. Estos dos elementos, dada la enorme importancia geoestratégica de Venezuela como mayor País petrolero del hemisferio occidental y entre los primeros a nivel mundial por reservas probadas, extracción y capacidad exportadora, son suficientes por sí solos para explicar la progresiva escalada del conflicto político con Eua, pues «las estrategias internacionales [...] de los dos gobiernos basadas en distintas metas e intereses a largo plazo» resultan inconciliables y en una posición de confrontación inevitable (Ellner, 2009: 120). Y esto, a pesar de que desde una perspectiva estrictamente económica «existe un cúmulo de intereses recíprocos que actúa a favor de que las relaciones bilaterales se mantengan o incluso se incrementen» (Palazuelos, 2008: 425)<sup>14</sup>. En el

---

<sup>12</sup> Instruyendo, además, «a sus ministros de relaciones exteriores y de defensa a celebrar una reunión extraordinaria [...] para que en pos de una mayor transparencia diseñen medidas de fomento de la confianza y de la seguridad de manera complementaria a los instrumentos existentes en el marco de la Oea, incluyendo mecanismos concretos de implementación y garantías para todos los Países aplicables a los acuerdos existentes con Países de la región y extraregionales; así como al tráfico ilícito de armas, al narcotráfico y al terrorismo de conformidad con la legislación de cada País. Estos mecanismos deberán contemplar los principios de irrestricto respeto a la soberanía, integridad e inviolabilidad territorial y no injerencia en los asuntos internos de los Estados; Instruir al Consejo suramericano de defensa, para que analice el texto sobre «Estrategia suramericana. Libro blanco, Comando de movilidad aérea (Amc)» y realice una verificación de la situación en las fronteras y eleve los estudios resultantes al Consejo de jefas y jefes de Estado y de Gobierno, a fin de considerar cursos de acción a seguir». El texto completo de la Declaración se puede consultar en la página [www.andina.com.pe/Espanol/Noticia.aspx?id=7f707FD09YY](http://www.andina.com.pe/Espanol/Noticia.aspx?id=7f707FD09YY).

<sup>13</sup> No está por demás señalar que Obama aplaudió en su momento la incursión de las fuerzas armadas colombianas en territorio ecuatoriano afirmando que Colombia «tiene el derecho de atacar a terroristas que buscan refugio más allá de sus fronteras» (cit. en Añorve, 2011: 161). En la misma dirección, ya en campaña electoral había aclarado su postura de continuidad con respecto al Plan Colombia.

<sup>14</sup> Como es bien sabido, Estados Unidos es el principal mercado para el petróleo venezolano y Venezuela es uno de los principales proveedores de crudos y derivados del primero. La balanza comercial es constantemente



caso de la República Bolivariana, sin embargo, «subyacente al concepto de ‘mundo multipolar’, [está] el objetivo de la diversificación económica con la finalidad de superar la dependencia venezolana de Estados Unidos» (Ellner, 2009: 121). Por lo tanto, al margen de la retórica procedente de ambas partes y del *show* diplomático que se monta a cada agresión verbal y comentario más o menos improvisado (todos elementos amplificadas sobremanera por la prensa e incluso cierto análisis académico), en realidad se trata – como sugiere acertadamente Ellner – de «asuntos sustanciales».

En el caso de Bolivia, en cambio, estamos hablando de un País riquísimo en recursos naturales y biodiversidad que durante la *belle époque* del neoliberalismo se había convertido en un bastión del «ajuste» y aperturismo comercial y un «proyectorado» *de facto* de la cooperación internacional, con una presencia preponderante de la Usaid. La Dea, además, para combatir el narcotráfico, ha actuado de manera particularmente represiva contra los campesinos cocalleros, que representan una fuerza social numerosa y sindicalizada, de cuyas filas emergió el actual presidente Evo Morales<sup>15</sup>. Tras la asunción de éste, el gobierno boliviano se retiró inmediatamente de las negociaciones en curso del Tlc entre Eua y Comunidad andina de naciones, y al mismo tiempo estrechó vínculos con Cuba, Venezuela y Brasil entre otros Países del entorno. Al igual que el gobierno venezolano, tomó medidas para renegociar los contratos de exploración y explotación de los hidrocarburos, aumentando impuestos y regalías y, sobre todo, la participación estatal en el proceso de extracción y producción.

Por último, a pesar de que también el Ecuador tenga intereses sustanciales en mantener una buena relación comercial con Estados Unidos, su principal mercado de exportación y de cuya moneda depende, esto no ha impedido que el presidente Correa asumiera una postura soberana y desafiante, expresada tanto en la voluntad de no renovar la concesión de la base militar de Manta, como en las acciones adoptadas frente al Fmi, al Banco mundial y a otros acreedores extranjeros, retirándose del Ciadi<sup>16</sup> y declarando una auditoría integral de la deuda externa.

Los tres Países, además, han colaborado significativamente para el surgimiento y fortalecimiento de organismos con una fuerte orientación regionalista tales como el Alba, Petrocaribe, la Unasur, el Banco del Sur y la Celac. A esto debe agregarse, naturalmente, el inicio de la cooperación con el Irán de Ahmadinejad.

Tras episodios como el golpe y sucesivo paro petrolero de 2002-2003 en Venezuela y el intento de secesión del oriente boliviano en septiembre de 2008, seguidos lamentablemente por otros acontecimientos menores en los cuales fueron involucrados de diferentes maneras personalidades e instituciones vinculadas con el gobierno norteamericano, los intentos de restablecer normales relaciones diplomáticas han tenido éxito en el caso de Bolivia (recién en noviembre) y fracasado hasta ahora en el de

---

favorable para el País latinoamericano. El comercio con los Estados Unidos, además, aún representa la mayor parte del comercio exterior venezolano incluso excluyendo el petróleo y sus productos.

<sup>15</sup> Como ya había ocurrido en Venezuela años atrás, la agencia estadounidense de lucha al narcotráfico fue expulsada de Bolivia en 2008.

<sup>16</sup> Centro internacional de arreglo de diferencias relativas a inversiones dependiente del Banco mundial.



Venezuela<sup>17</sup>. Ecuador, en cambio, que había expulsado la embajadora norteamericana en abril de 2011 tras la publicación de algunos cables filtrados por Wikileaks en los que implícitamente se acusaba al presidente Correa de corrupción, ha reanudado las relaciones diplomáticas en septiembre. No obstante, y exhibiendo una actitud a menudo contradictoria, estos gobiernos siguen denunciando la opacidad de las financiaciones otorgados por la Usaid, la Ned y otras organizaciones estadounidenses a Ongs, Fundaciones, medios de comunicación y partidos políticos opositores.

Algo parecido, como es bien sabido, ocurre con Cuba que, sin embargo, merecería un largo párrafo a parte. Aquí se puede señalar solamente que Obama cumplió parcialmente con las promesas hechas en campaña electoral, relajando las restricciones para viajes y envío de remesas a la isla (en efecto nunca habló de acabar con el bloqueo); no obstante, hasta el momento ha seguido la política de todos sus antecesores de financiar copiosamente a los grupos disidentes de Miami y de proteger reconocidos terroristas cubano-estadounidenses. El dato curioso es que, como bien argumenta Daniel Añorve (2011: 186),

existe [hoy] una interesante combinación de factores que por primera ocasión permiten a una administración estadounidense cambiar la sustancia de la política hacia Cuba. El Council of foreign relations apoya la normalización con Cuba; la Fundación nacional cubano-americana, si bien es cierto no habla aún de levantar el embargo, considera a éste como una cuestión de presión simbólica más que como un factor real de poder; incluso autores que han virado hacia la derecha, como Jorge G. Castañeda, consideran que el embargo y la política punitiva hacia la isla son incapaces de alterar el *status quo* en Cuba; los Países del continente han decidido que es hora de reintegrar a Cuba a la Oea; por último, la propia administración Obama ha tomado una serie de medidas que facilitan los contactos entre los cubano-americanos y los habitantes de la isla (Ibidem).

Por lo tanto, sigue este autor, en principio ya «no existen limitantes de peso que puedan justificar una política fallida de Obama hacia Cuba» (Ibidem).

En los temas comerciales, el presidente que durante su campaña electoral en distintas ocasiones declaró de no haber apoyado ni el Tlcan ni el Cafta<sup>18</sup> y de no querer negociar tratados del mismo estilo en el futuro, ha dado un giro copernicano respecto a sus promesas electorales, convirtiéndose en partidario de los Tlcs con Colombia, Panamá y Corea del Sur (ratificados recientemente por el senado estadounidense), acorde con el objetivo de duplicar en cinco años las exportaciones estadounidenses y crear 250 mil empleos. Por otra parte, al margen de la retórica acerca del «libre comercio», el tradicional y persistente proteccionismo norteamericano en numerosos sectores – manifiesto por ejemplo en los subsidios a favor de los productores de biocombustibles y algodón, y en las altas tarifas puesta al etanol importado por Brasil – no ha sido modificado.

---

<sup>17</sup> Ecuador, que había expulsado la embajadora norteamericana en abril de 2011 tras la publicación de algunos cables filtrados por Wikileaks en los que implícitamente se acusaba al presidente Correa de corrupción, ha reanudado las relaciones diplomáticas en septiembre del mismo año. Bolivia lo hizo recién en noviembre.

<sup>18</sup> El Tratado de libre comercio entre Estados Unidos y los Países centroamericanos (con la exclusión de Costa Rica y Panamá) a los cuales se ha sumado la República Dominicana.



Respecto al tema de la militarización, como aclaran Ortega y Gómez (2010: 10), los instrumentos de esta política se despliegan en la actualidad «con todo un entramado de organizaciones y planes dirigidos al control y vigilancia». Desde la tristemente famosa Escuela de las Américas, rebautizada en 2001 «Instituto del hemisferio occidental para la cooperación de seguridad», al Plan Colombia, la Iniciativa regional andina y la más reciente Iniciativa Mérida, hasta llegar a las operaciones del Comando Sur y a la reactivación de la IV Flota. En efecto, en los últimos años ha habido una reorganización del Comando Norte y del Comando Sur, por la cual México y Colombia pasan a ser respectivamente las piezas clave (Delgado Ramos, 2010)<sup>19</sup>.

No resulta sorprendente, entonces, que diversos gobiernos de la región, particularmente los que se sienten amenazados por sus enormes reservas de petróleo, gas, minerales y biodiversidad<sup>20</sup>; escaso alineamiento y «populismo de izquierda», entretejan relaciones de cooperación militar y mucho más allá de lo militar cada vez más estrechas con actores internacionales estratégicos que, desde Washington, son mirados con recelo u hostigados activamente (Rusia, China, Irán) (Benzi, 2011<sup>a</sup>: 21). Asimismo, lamentablemente no sorprende que el gasto militar de la región esté en

<sup>19</sup> Giancarlo Delgado Ramos describe muy detalladamente la situación presentando los siguientes datos: «entre los cambios hechos por el Pentágono al Comando Norte, figura la suma en 2008 de Puerto Rico y las bases en Islas Vírgenes, así como en las islas Turcos y Caicos en Bahamas (antes en el Comando Sur), lo cual transforma al Comando Norte en un dispositivo fundamentalmente de control de México y el Caribe. De este modo, el Comando Norte ahora comprende a Alaska, Canadá, EU, México y sus aguas continentales (hasta 500 millas náuticas), todo el Golfo de México y gran parte del Caribe. Al Comando Sur se mantienen vinculadas las posiciones de Guantánamo en Cuba y los Centros de seguridad cooperativa en Soto Cano (Honduras), Aruba y Curaçao (Antillas Holandesas) y próximamente en Palanquero (Colombia), al tiempo que Colombia se consolida como el principal nodo de operación y proyección hacia América del Sur con siete nuevas bases militares y la posibilidad de utilizar todo su territorio para operativos (aguas, tierra y aire). Panamá se acopla con la negociación de dos bases adicionales (Bahía Piña, en límite con Colombia, y en punta Coca, al occidente) y el derecho de uso de su espacio soberano en el mismo sentido que el negociado con Colombia. Aun así, el Comando Sur sigue teniendo presencia en México (sobre todo en el Sur) con una Oficina de asistencia para la seguridad, que usualmente está vinculada a la embajada de Estados Unidos. En la región, se suman otras figuras vinculadas a dichas oficinas tales como Grupos militares (Milgp) en Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Venezuela; Oficinas de cooperación de defensa (Ocd) en Costa Rica, Paraguay y Panamá; Grupos de asesoría en asistencia militar (Maag) en República Dominicana, El Salvador, Honduras, Guatemala y Perú; y Oficinas de asistencia de defensa (Dao) en Suriname y Barbados. El eje articulador de la pinza que hacen el Comando Sur y el Comando Norte es la Iniciativa Mérida, puesto que ésta también opera en menor medida en Centroamérica y Haití. Así, sólo considerando la ‘arquitectura’ anterior es como puede leerse más finamente lo que en realidad significa la relativa baja presencia de militares estadounidenses en AL y que son formalmente reconocidos en mil 990 hombres. A éstos se suman unos 800 hombres del Plan Colombia y unos mil 500 más del Comando Sur» (Ibidem: 8). Y concluye agregando que «desde luego, el caso latinoamericano no es la excepción en la securitización del espacio geográfico; esquemas similares se identifican también en África y Asia, donde se ha probado con mayor intensidad la ‘nueva’ arquitectura militar del Pentágono, una zona en la que no sólo hay una fuerte presencia militar y de entes de seguridad de EU, sino también de otros retadores por la hegemonía local y/o regional» (Ibidem).

<sup>20</sup> Como subraya Salinas Figueredo (2010: 398): «Si los gobiernos latinoamericanos proyectan políticas de bajo perfil en materia de autodeterminación y soberanía sobre sus recursos, tienden a diluirse los escenarios de confrontación con la política de Estados Unidos y, correlativamente, a incrementarse y engrosarse los lazos de dependencia».





aumento (48% en América del Sur y 27% en Centroamérica en el período 2000-2009), siendo Colombia, Brasil, Chile, Venezuela, Ecuador y Perú los Países en donde hasta 2010 se han registrado los incrementos más elevados<sup>21</sup>.

La Revisión cuatrienal de defensa (Qdr, por sus siglas en inglés), presentada por el Departamento de defensa norteamericano en febrero de 2010, está enfocada sobre las nuevas «amenazas supranacionales, China e India como superpotencias emergentes y la lucha contra el ‘terrorismo’ y la ‘contrainsurgencia’ como misiones militares centrales», y dedica, por primera vez, una amplia sección a las consecuencias geopolíticas del cambio climático (Brooks, 2010). En lo que se refiere a América Latina, sólo se hace una breve mención al objetivo estratégico de «trabajar hacia un hemisferio occidental seguro y democrático al desarrollar relaciones de defensa regionales que abordan amenazas domésticas y transnacionales como organizaciones narcoterroristas, tráfico ilícito y disturbio social» (Ibidem). Por ello, la presencia de efectivos quedará «limitada mientras buscamos mejorar relaciones con estados regionales y sus militares en promover nuestros objetivos comunes de seguridad hemisférica» (Ibidem). Continuar la cooperación con México y fortalecer la relación con Brasil viene señalado como el rumbo a seguir.

En el combate al narcotráfico, a pesar del fracaso mayúsculo y de las consecuencias catastróficas del Plan Colombia y apenas en menor medida de la Iniciativa andina, hasta el momento no hay elementos sustanciales que indiquen un cambio de enfoque por parte de la nueva administración. Más bien, queda patente que la respuesta represiva y militarizada frente a un fenómeno social complejo y multidimensional, se ha extendido a México y ahora a Centroamérica en paralelo al Plan Puebla Panamá ya convertido en Proyecto Mesoamérica. El inicio promisorio de una política enfocada en la responsabilidad compartida, pasando de una postura centrada en la erradicación de los cultivos a otra para contrarrestar los flujos de dinero, el tráfico de armas y la reducción de la demanda, no ha podido prosperar de momento.

Si bien es cierto que el problema no ha dejado de crecer de manera exponencial desde que el discurso de la «lucha contra las drogas» fuera enarbolado por Reagan en 1986, también no caben dudas de que la estrategia norteamericana para enfrentarlo ha perdido credibilidad y que el asunto del narcotráfico brinda en la actualidad un perfecto pretexto injerencista (Añorve, 2011: 187). «A esta altura, es evidente que la intervención de los gendarmes sólo conduce a periódicas mudanzas de plantaciones y centros de distribución de un País a otro» (Katz, 2011<sup>c</sup>)<sup>22</sup>. En este sentido, Julia Sweig

---

<sup>21</sup> Aunque no es posible ahondar aquí sobre este aspecto, es preciso aclarar, como lo hacen Ortega y Gómez (2010: 20), que la responsabilidad de un incremento tan elevado del gasto militar «no recae en su totalidad en el imperialismo de Eeuu, tan denunciado por las fuerzas sociales latinoamericanas, sino que también hay graves responsabilidades internas de los propios gobiernos de la región».

<sup>22</sup> Así, continúa el autor: «Este reciclado obedece a la persistente demanda de drogas por parte de los compradores del Norte, especialmente en las localidades que no despenalizan el consumo. Pero el narcotráfico también persiste por los multimillonarios ingresos que genera esa actividad para una vasta red de intermediarios estadounidenses. Las monumentales ganancias que genera el tráfico han alumbrado también enriquecidas narco-burguesías locales, que ya imponen sus propias formas de administración».



(2009) advierte que «la desalentadora realidad es que después de veinte años y miles de millones de dólares gastados anualmente (más de 8,5 miles de millones de dólares tan sólo entre 2000 y 2008), más coca es cultivada en la región de los Andes que nunca antes» (cit. en Añorve, 2011: 188).

Por último, es oportuno hacer una breve referencia a la situación de Haití, el País más pobre y atormentado de todo el hemisferio occidental. La reocupación militar *de facto* tras el terremoto hace dudar de la voluntad (o capacidad) del gobierno Obama de cambios profundos en la subregión caribeña. Frente a una tragedia humanitaria de proporciones que es difícil exagerar, el despliegue estadounidense – como han señalado Ana Esther Ceceña, David Barrios y Daniel Inclán (2010: 61) – fue cuando menos «desproporcionado y un poco extraño», pues, «para realizar una acción humanitaria, de rescate y apoyo a la población, fueron destinados por lo menos 15 buques de guerra, 58 naves aéreas de diferentes tipos, helicópteros, aviones no tripulados y otros elementos más que harían pensar en una guerra en vez de un terremoto».

Después de las diferentes «intervenciones humanitarias» en Haití de las últimas décadas, y de una misión de las Naciones Unidas muy cuestionada liderada por Brasil, «quedó claro que Washington prefiere «disparar primero y preguntar después», en vez de buscar entendimientos con socios demasiado propensos a hablar mucho y hacer poco» (Páramo, 2010: 123); sobre todo cuando la «pobre Haití» estaba cayendo bajo la influencia nefasta del eje Cuba-Venezuela, irritando ciertos círculos republicanos y varias compañías petroleras. La injerencia estadounidense, finalmente, se hizo sentir durante y después la farsa electoral de noviembre del año pasado, demostrando, junto al caso hondureño, que en el tablero geopolítico regional también los «peones cuentan» (Weisbrot, 2010; 2011: 6-7).

## 6. Conclusiones

El contexto global en el que se van redefiniendo las relaciones entre Estados Unidos y América Latina está marcado por una crisis «múltiple» del sistema internacional capitalista, que las elites de la primera potencia han decidido enfrentar por medio de la acción militar.

Ésta, a la par de la financiación descontrolada de la economía norteamericana iniciada en la época de Ronald Reagan, junto con otros factores ha acelerado la emergencia de nuevas configuraciones geopolíticas y nuevos ejes de acumulación a escala mundial, cuyos perfiles y viabilidad, sin embargo, a la hora de pensar en un

---

territorial. Un sector de origen marginal adiestra su ejército de pandillas y actúa con sostén de amplios segmentos de la burocracia y las fuerzas armadas. En varios Países las clases dominantes coexisten con esta variedad de lumpen-burguesías, que recurren al terror contra las protestas populares y utilizan la filantropía para blanquear el dinero sucio. El crecimiento desmedido de este grupo rompe la cohesión del Estado, disgrega la vida social y genera todo tipo de tensiones» (Ibidem). Huelga decir que «México se ha convertido en el País más afectado por este proceso de descomposición político-social. Está corroído por una dinámica ‘afgana’ de penetración de los carteles en la estructura del estado» (Ibidem).



«sistema» alternativo al frágil unipolarismo post Guerra fría, son de momento cuando menos inciertos.

Como han sugerido algunos analistas, tanto en el plano geopolítico como en el terreno macroeconómico, se trata por el momento de un contexto de «geometrías variables», extremadamente influenciado por la abrumadora superioridad militar norteamericana y el desenlace que tendrá la crisis capitalista.

Estados Unidos está buscando contener su declive hegemónico en la región latinoamericana por medio de la presión militar y balcanización de territorios carcomidos por la inseguridad y el narcotráfico; tratando de actualizar su diplomacia comercial; y a través de una estrategia de desgaste para derrotar políticamente a los Países no alineados y cuyos recursos naturales codicia (aprovechando y fomentando sus debilidades y contradicciones y no desdeñando, si las condiciones lo permiten, el viejo golpismo con nuevo ropaje).

La injerencia política y la presión militar han sido y siguen siendo recursos habituales de los gobiernos norteamericanos en sus relaciones con América Latina. Como ha subrayado Claudio Katz (2011<sup>c</sup>), «la estrategia de Obama repite el multilateralismo liberal, que utilizaron sus antecesores Roosevelt y Carter. En ambos casos reorganizaron la supremacía estadounidense sobre América Latina en circunstancias críticas (depresión del 30 y derrota de Vietnam). El intervencionismo solapado es la forma de recrear ese liderazgo hegemónico». Sin embargo, el carácter efímero del «espíritu de Trinidad y Tobago» ya se ha manifestado plenamente en algunos desaciertos y/o indecisiones de Obama, quizás demasiado ocupado en la crisis interna y de otros escenarios geopolíticos, y al mismo tiempo presionado por un poderoso aparato político y militar, empresarial y de grandes electores, que no deja de mirar a la región como a una dependencia norteamericana. En este sentido, «la búsqueda de consensos con la derecha podría incluso endurecer su política [...]». A mitad del 2011, la captura republicana de varios cargos estratégicos en las comisiones parlamentarias de política exterior, podría forzar ese giro» (Ibidem)<sup>23</sup>.

Por todo lo anterior, resulta evidente que «el hecho que el gobierno del Obama le preste un mayor interés a la situación interna de su País y priorice otras regiones del mundo no significa en absoluto que la Casa Blanca se haya olvidado de América Latina» (Romero, 2010: 91). Sino que, como bien afirma Daniel Añorve (2011: 194), «hasta el momento [...] Obama ha puesto en práctica cambios menores, difícilmente perceptibles, y que definitivamente han sido opacados o minimizados por las continuidades».

## Referencias bibliográficas

Añorve D. (2011), *La política exterior de Barack Obama para América Latina: ¿vientos de cambio o continuidad imperial?*, en Pérez-Gavilán G. et al. (coords.), *La hegemonía estadounidense: ¿recomposición o declive? Su expresión en escenarios regionales*, Uam-Xochimilco, México, pp.155-195.

<sup>23</sup> Es el caso de Ileana Ros-Lehtinen y Connie Mack. Véase también Weisbrot (2011).



- Arrighi G., Silver, B.J. (2001), *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Ediciones Akal, Madrid.
- Benzi, D. (2011<sup>a</sup>), *América Latina: ¿Un territorio en disputa?*, en «Visioni LatinoAmericane», Año III, n. 5, pp.18-31.
- Benzi D. (2011<sup>b</sup>), *¿En la hora de las definiciones? Una aproximación al Alba al atardecer del neoliberalismo*, en «Visioni LatinoAmericane», Año III, n. 4, pp.18-41.
- Brooks D. (2010), *Presenta Obama el gasto militar para 2011; es el más grande de la historia*, consultado en *La Jornada* del 02-02-2010.
- Bruckmann M. (2011), *Recursos naturales y la geopolítica de la integración Sudamericana*, consultado en <http://alainet.org/active/45772> [Mayo 2011], Actualización sitio web 1º mayo 2011.
- Ceceña A.E. et al. (2010), *El Gran Caribe. Umbral de la geopolítica mundial*, Olag y Fedaeps, Quito.
- Chomsky N. (2011), *¿Había otra alternativa? Rememorando el 11-S una década después*, consultado en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org). [Septiembre 2011] Actualización sitio web 20 septiembre de 2011.
- Dale Scott P. (2011), *The Libyan War, American Power and the Decline of Petrodollar System*, en <http://www.globalresearch.ca/index.php?context= viewArticle&code = S CO20110429&articleId=24542>, [Junio 2011] Actualización sitio web 25 junio de 2011.
- Davis M. (2011), *Obama se convirtió en el albacea del legado de Bush*, consultado en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Septiembre 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.
- Delgado Ramos G. (2010), *Recursos naturales, seguridad y los 'lily pads' del Pentágono: el caso de América Latina*, en «Memoria», n. 242, pp.4-11.
- Ellner S. (2009), *La política exterior del gobierno de Chávez: la retórica chavista y los asuntos sustanciales*, en «Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales», vol. 15, n. 1 (enero-abril), pp. 115-132.
- Guerra Borges A. (comp.) (2009), *Fin de Época. De la integración tradicional al regionalismo estratégico*, Siglo XXI Editores, México.
- Harvey D. (2004), *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*, tomado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/harvey.pdf>, [Agosto 2004] Actualización sitio web marzo de 2011.
- Hobsbawm E. (2010), *El siglo XX y el XXI, la clase obrera hoy*, tomado de <http://www.siemprehistoria.com.ar/?p=965>, [Abril 2010] Actualización sitio web septiembre de 2010.
- Katz C. (2011<sup>a</sup>), *El papel imperial de Estados Unidos*, disponible en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.
- Katz C. (2011<sup>b</sup>), *Adversarios y aliados del imperio*, disponible en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.
- Katz C. (2011<sup>c</sup>), *Las áreas estratégicas del imperio*, disponible en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.
- Katz C. (2011<sup>d</sup>), *Discusiones sobre el declive de Estados Unidos*, disponible en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.



- Martínez O. (2008), *Alba y Alca: el dilema de la integración o la anexión*, en Martínez O. (comp.), *La integración en América Latina: de la retórica a la realidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp.195-230.
- Monereo M. (2011), *La gran transición geopolítica, crisis capitalista, ciclos hegemónicos y distribución de poder*, en «El Viejo Topo», n. 278, pp. 9-15, disponible en <http://www.elviejotopo.com/web/revistas.php?numRevista=278> [Marzo], Actualización sitio web 1 marzo 2011.
- Ortega P., Gómez J.S. (2010), *Militarismo en América Latina*, en «Quadern per a la Solidaritat», n. 39, Justícia i Pau, Barcelona, disponible en [http://www.centredelassolidaritat.org/attachments/663\\_Militarisme%20a%20America%20Latina\\_cat.pdf](http://www.centredelassolidaritat.org/attachments/663_Militarisme%20a%20America%20Latina_cat.pdf) [Abril], Actualización sitio web 30 abril 2011.
- Palazuelos E. (2008), *Exportaciones de energía y capacidad de integración regional de América Latina*, en Palazuelos E. (dir.), *El petróleo y el gas en la geoestrategia mundial*, Ediciones Akal, Madrid, pp.409-438.
- Páramo P. (2010), *Honduras y la mala hora de América Latina*, en «Nueva Sociedad», n.226, pp.115-124.
- Pomar V. (2011), *Balance y desafíos de las izquierdas continentales*, en «Nueva Sociedad», n. 234, pp.46-59.
- Romano S.M. (2010), *Democracia liberal y seguridad nacional en el gobierno estadounidense: continuidades y rupturas*, en Gandasegui M. A. (Hijo), Castillo D. (compiladores), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Clacso y Siglo XXI Editores, México, pp.360-384.
- Romero C. A. (2010), *Las secuelas regionales de la crisis en Honduras*, en «Nueva Sociedad», n. 226, pp.85-99.
- Rouquié A. (1998), *Amerique latine. Introduction à l'Extrême-Occident*, Éditions du Seuil, Paris.
- Salinas Figueredo D. (2010), *Estados Unidos y América Latina: más allá del libre comercio*, en Gandasegui M. A. (hijo), Castillo D. (compiladores), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Clacso y Siglo XXI Editores, México, pp.385-402.
- Sanahuja J.A. (2010), *Entre los valores y los intereses. Las relaciones entre América Latina y la Unión Europea tras el golpe en Honduras*, en «Nueva Sociedad», n. 226, pp.125-144.
- Saxe-Fernández J. (2009), *América Latina: ¿Reserva estratégica de Estados Unidos?*, en «Osal», (Buenos Aires: Clacso), Año X, n. 25, pp.19-25.
- Serbin A. (2009), *América del Sur en un mundo multipolar: ¿es la Unasur la alternativa?*, en «Nueva Sociedad», n. 219, pp.145-156.
- Tokatlian J.G. (2011), *Obama, mustio guerrero desbordado*, disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-168496-2011-05-20.html>, [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.
- Tokatlian, J.G. (2010), *Una tentación imperial que aún no ha cedido*, disponible en [http://www.clarin.com/mundo/tentacion-imperial-cedido\\_0\\_381561947.html](http://www.clarin.com/mundo/tentacion-imperial-cedido_0_381561947.html), [Agosto 2011] Actualización sitio web 25 septiembre de 2011.



- Ugarteche O. (2011), *La crisis hegemónica y el cambio de régimen internacional*, en «Alai», n. 466, pp.1-8.
- Wallerstein I. (2010), *¿Hacia dónde se dirige el mundo?*, en Gandasegui M.A. (hijo), Castillo D. (compiladores), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Clacso y Siglo XXI Editores, México, pp.37-42.
- Wallerstein I. (2011), *The World Consequences of U.S. Decline*, tomado en <http://www.agenceglobal.com/article.asp?id=2616>, [Agosto 2011] Actualización sitio web 2 septiembre de 2011.
- Weisbrot M. (2010), *El juego de Eeuu en América Latina*, disponible en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), [Agosto 2011] Actualización sitio web 15 agosto de 2011.
- Weisbrot M. (2011), *Obama's Latin America Policy: Continuity Without Change*, disponible en <http://www.cepr.net/index.php/publications/reports/obamas-latin-america-policy-continuity-without-change>, [Agosto 2011] Actualización sitio web 15 agosto de 2011.
- Zibechi, R. (2010), *El recurso del método. Un año del golpe en Honduras*, tomado de <http://alainet.org/active/39097>, [Diciembre 2010] Actualización sitio web 10 enero de 2011.